

CAPÍTULO II

El occidente hasta la muerte de Bonifacio VIII (1270-1303).—Alemania durante el grande interregno.—Las ligas anseática y renana (1256-1273).

La política ambiciosa de los Hohenstaufen fué causa de la caída y extinción de esta poderosa familia, cuyas consecuencias fueron la desmembración del imperio germánico y la anarquía que devastaron la Alemania hasta la elección de Rodolfo de Habsburgo. Dos príncipes extranjeros, Alfonso X rey de Castilla, y Ricardo de Cornuailles, hermano del rey de Inglaterra Enrique III, llevaron el título de reyes de Alemania; pero el primero nunca visitó este país, y Ricardo, que se presentó en diferentes ocasiones, no consiguió hacer respetar su autoridad. Importantes cambios se verificaron en Alemania durante este largo interregno. Los grandes vasallos de la corona, adquirieron la soberanía real é independiente de sus vastas posesiones. Los reyes de Bohemia, á quienes el emperador Federico Barbarroja concedió la dignidad real, habían fundado una poderosa monarquía, reuniendo bajo su cetro, además de la Bohemia y la Moravia, los ducados de Austria, Carintia, Estiria y Carniola. Otocar II había recibido de Ricardo de Cornuailles la investidura de todos estos feudos, y dominaba en todas las comarcas orientales de Alemania. Los duques de Sajonia y de Ba-

viera, el margrave de Brandenburgo y el conde Palatino del Rin, así como también los arzobispos de Maguncia, de Colonia y de Tréveris, ocupaban el primer puesto entre los príncipes del imperio y ejercían una influencia preponderante en la elección de los emperadores de Alemania. Á su lado había una multitud de señores casi independientes, y numerosas ciudades libres imperiales; de manera que Alemania contaba entonces en su seno más de cien Estados que se gobernaban con plena y completa independencia.

La decadencia de la autoridad imperial y la división política de la Alemania dieron por resultado numerosas guerras, provocadas principalmente por la ambición de los príncipes que aspiraban de continuo á engrandecer sus Estados.

La rivalidad entre la nobleza y las ciudades daban origen muchas veces á luchas que no podían concluirse sino apelando á las armas; de aquí el que las ciudades se vieran en la necesidad de formar alianzas para resistir á sus enemigos. El comercio, fuente principal de prosperidad para las ciudades, necesitaba una protección eficaz, y hé aquí otra de las causas



que favorecieron la formación de *ligas* en Alemania durante los siglos XIII y XIV: las dos más célebres de todas fueron la liga anseática y la renana. La primera tuvo su origen al principio del siglo XIII, á consecuencia de un tratado de alianza entre las ciudades de Lubeck y Hamburgo. Poco á poco aceptaron este tratado otras ciudades, y la liga se extendió de tal manera, que llegó á comprender todas las ciudades importantes del norte de Alemania, desde las márgenes del Rin hasta la embocadura del Vístula. Un congreso federal que se reunía en Lubeck regulaba los asuntos de la liga, cuya protección se extendía á todo el comercio alemán en el norte de Europa. Las corporaciones de los comerciantes alemanes establecidos en Brujas, Lóndres, Bergen en Noruega, y en Novgorod en Rusia, y que gozaban en estos países de los grandes privilegios, formaban parte también de la liga anseática, y enviaban diputados al congreso federal. Á mediados del siglo XIV, el número de ciudades confederadas pasaba de setenta, y entonces la liga sostuvo con buen éxito guerras contra los reyes de Dinamarca, Noruega y Suecia, y obligó á estos príncipes á respetar sus derechos y privilegios. La liga renana se fundó con el fin de proteger el comercio del Rin contra las exacciones de los príncipes y caballeros que tenían posesiones contra las riberas de este río. Esta liga comprendía las ciudades situadas en el Rin y algunas otras de la Westfalia y del mediodía de Alemania. Guillermo de Holanda reconoció la existencia política de la liga, que subsistió hasta fines del siglo XIV.

El reino de Polonia, fundado por Boleslao I el Intrépido, salió de la barbarie bajo la influencia del cristianismo. Sin embargo, después de la muerte de este gran príncipe Polonia fué un feudo de la corona de Alemania, siendo inútiles los esfuerzos de sus soberanos para reconquistar su independencia. El emperador Enrique III obligó á Casimiro I á prestarle fe y homenaje y á renunciar el título de rey. La guerra de las investiduras, que principió en el reinado de Enrique IV, dió ocasión á Boleslao II para romper el lazo feudal que le unía al imperio, tomar el título de rey, y coronarse

en Cracovia; pero su vida relajada y la muerte de San Estanislao, obispo de Cracovia, á quien dió muerte con sus propias manos, porque este prelado le había echado en cara sus crímenes, ocasionaron su caída. Excomulgado por el papa Gregorio VII, fué arrojado del reino, retirándose á Hungría, donde murió. Su hermano Wladislao I reconoció nuevamente la soberanía del emperador Enrique IV, y se casó con su hermana. Combatió con energía á los pomeranos, pueblo pagano y bárbaro que hacía frecuentes incursiones en Polonia. Wladislao dividió el reino entre sus dos hijos y con esto envolvió al reino en una larga guerra civil, que terminó con el triunfo de Boleslao III, el mayor de los príncipes. Boleslao conquistó la Pomerania y favoreció á los misioneros que iban á convertir este país al cristianismo. Pero á su muerte siguió el ejemplo de su padre y dividió el reino entre sus cuatro hijos, estipulando que el mayor ejercería la supremacía sobre los otros.

Un triste período de guerras intestinas comenzó entonces en Polonia; este reino fué dividido políticamente y no pudo resistir á los ataques de sus peligrosos vecinos los prusianos. Se formaron muchos estados independientes, siendo los más importantes la Grande Polonia (ducado de Posen), la Masovia, la Silesia y la Pomerania. Los grandes duques, que continuaban residiendo en Cracovia, no se encontraban en disposición de hacer respetar su autoridad por los príncipes poderosos, y cuando iban allí como Casimiro II y su hijo Lesco I, no era más que temporalmente. Las incursiones de los prusianos obligaron al fin al duque Conrado de Masovia, hermano de Lesco I, á llamar en su auxilio á los caballeros del orden teutónico, que dieron entonces principio á la conquista de la Prusia, fundando allí un Estado independiente. La invasión de los mogoles dió un rudo golpe á la prosperidad de la Polonia. Las luchas intestinas se suspendieron por un momento en presencia de estos formidables enemigos, pero empezaron de nuevo poco tiempo después y duraron hasta principios del siglo XIV. Wladislao IV restableció la unidad del reino, reconociendo, sin embargo, la inde-



pendencia de los duques de Pomerania y de Silesia, que eran vasallos de los emperadores de Alemania. Se coronó rey de Polonia en Cracovia y dejó el trono á su hijo Casimiro III el Grande, con quien comienza un nuevo período en la historia de Polonia.

En el reinado de San Estéban comenzó la Hungría á salir de la barbarie en que la habia sumergido la conquista de los magiares. Este príncipe trabajó con celo infatigable en la conversion de su pueblo, á quien dió al mismo tiempo una organizacion política regular. Dividió el país en condados, reguló la sucesion al trono, y determinó los derechos y prerogativas del clero y de la nobleza; favoreció además la agricultura, y fundó muchas ciudades. San Estéban tomó por modelo las instituciones del imperio germánico; murió sin dejar hijos. Su sobrino Pedro siguió sus huellas; pero encontró fuerte oposicion en algunos señores que eran todavía paganos, y que excitaban al pueblo contra el cristianismo y contra las instituciones de San Estéban, deshonrándolas con el nombre de germánicas. Los disturbios que estallaron con tal motivo proporcionaron la ocasion á Enrique III de intervenir en los asuntos de Hungría; sin embargo, fracasó la tentativa de hacer reconocer allí su soberanía, y la Hungría conservó su independencia. La tranquilidad interior no se restableció hasta el reinado de San Ladislao, que extirpó el paganismo y extendió con la conquista de la Croacia y Dalmacia las fronteras de su reino hasta el mar Adriático. Esta conquista originó muy pronto guerras entre los húngaros y la poderosa república de Venecia, que aspiraba por su parte á dominar en este mar. Un nuevo período de desgracias comenzó para Hungría á la muerte de San Ladislao I.

Las guerras contra la república de Venecia, el paso de numerosos ejércitos cruzados por la Hungría y el establecimiento de los cumanos en las riberas del Theiss, donde Estéban II, hijo de Coloman, príncipe tiránico y vicioso, les habia concedido tierras para que le sirvieran de auxiliares en la lucha que habia comenzado contra la nobleza, tales fueron las principales causas de los disturbios que devastaron

la Hungría durante el siglo XII. Las guerras por la sucesion al trono, en las que los emperadores de Constantinopla tomaron una parte muy activa, contribuyeron á aumentar más y más los desórdenes, y detuvieron los progresos de la civilizacion. Colonos alemanes, originarios de Sajonia, se establecieron en esta época en la Transilvania, y ocuparon desde entonces una parte de esta comarca. La Dalmacia cayó en poder de los venecianos, que tomaron la ciudad de Zahra con el auxilio de los cruzados. Las guerras intestinas terminaron en el reinado de Andres II, que restableció su autoridad con grande energía y emprendió una cruzada á Palestina. Su hijo, Bela IV, con quien al principio dividió el trono, se sublevó apoyado por la nobleza, y Andres II tuvo que conceder una carta, llamada *Bula de oro*, que confirmaba los privilegios de los señores, é institua las dietas anuales para regular todos los asuntos importantes del reino.

Bela IV hizo olvidar por medio de un gobierno prudente y firme el haberse sublevado contra su padre; pero no pudo resistir á los mongoles, que invadieron á Hungría conducidos por su khan Batu. Se encerró en Buda y rechazó los reiterados ataques de los bárbaros contra esta ciudad, dejándoles devastar el país á hierro y fuego durante un año. La muerte del gran khan Ogotai les hizo pasar al Asia, dejando libre á Hungría. Pero esta invasion dejó huellas profundas: numerosas colonias alemanas y eslavas vinieron á establecerse en las provincias medio despobladas. La dinastía de los Arpades se extinguió en Andres III, y el trono de Hungría fué codiciado por las dos poderosas y rivales casas de Alemania, la de Austria, Habsburgo, y la de Bohemia, Luxemburgo. Las invasiones de los turcos otomanos debian dar un golpe fatal á Hungría en el siglo XIV.

Los reinos fundados en la segunda mitad del siglo IX por los jefes normandos en medio de las poblaciones esclavas de la Rusia tuvieron por centros las ciudades de Novgorod en el Norte, y Kiev en el Sur, reunidas bajo un mismo cetro por Oleg, sucesor de Rurico. Este príncipe fijó su residencia en Kiev, some-



tió las comarcas regadas por el Dnieper y extendió su reino hasta el Mar Negro. Entonces estalló una guerra entre los rusos y los griegos: Oleg y su hijo Igor atacaron á Constantinopla, pero fueron rechazados y ajustaron dos tratados con los emperadores griegos. Las relaciones entabladas entre griegos y rusos produjeron consecuencias muy ventajosas para los últimos; porque Olga, viuda de Igor, que gobernaba en nombre de su hijo menor Swatoslav, abrazó el cristianismo y recibió el bautismo en Constantinopla de manos del patriarca de esta ciudad. Á pesar de esto, no consiguió convertir á su hijo. Éste hizo grandes conquistas en las riberas del Volga y penetró hasta el Cáucaso.

Con el reinado de Wladimiro el Grande, el más joven de los hijos de Swatoslav, comienza un nuevo período en la historia de Rusia. Despues de reunir bajo su cetro el reino dividido al principio entre sus hermanos, este príncipe pidió la mano de la princesa griega Ana, hermana del emperador Basilio II, y la obtuvo bajo la condicion de hacerse cristiano. Desde entonces trabajó con gran celo en la conversion de las Rusias, siendo coronados sus esfuerzos, aunque no consiguió hacer desaparecer por completo el paganismo de su pueblo. Wladimiro el Grande sumió á su reino en largas guerras civiles por haber dividido su reino entre sus doce hijos y haber estipulado que el mayor, á quien señaló como residencia la ciudad de Kiev, llevaria el título de Gran Príncipe y ejerceria la supremacía sobre los demas príncipes. Estas guerras y el cisma de la Iglesia rusa, que tuvo lugar á continuacion del cisma de la Iglesia griega, detuvieron los progresos de la civilizacion entre los rusos. El clero ruso concluyó por caer bajo la dependencia de los príncipes y perdió toda su influencia en el pueblo, que salió paulatinamente de la barbarie. Las incursiones de los pueblos bárbaros, los Petschegues y los Polovzes que acababan de fijarse en las fronteras orientales de la Rusia, contribuyeron tambien á aumentar los desórdenes durante este período.

La decadencia de la Rusia habria sido más rápida aún sin las continuas relaciones que se

establecieron entre la rica y comercial ciudad de Novgorod y los países vecinos. Esta ciudad hizo un comercio muy activo con Alemania, Dinamarca y Suecia, y esta circunstancia dió al norte de la Rusia una verdadera importancia sobre el mediodía. La ciudad de Moscow, fundada hácia la mitad del siglo XII, adquirió entonces grande importancia, y un siglo más tarde fué el centro político de Rusia: Kiwo perdió su antigua importancia, y dejó de ser la residencia de los grandes príncipes. Pero la invasion de los mongoles hizo caer á la Rusia en una nueva barbarie. Despues de haber destruido completamente las fuerzas reunidas de los príncipes rusos en una gran batalla sobre el Kalka, Batu, el jefe de los mongoles, conquistó toda la Rusia, á excepcion del principado de Novgorod, á quien, sin embargo, impuso un tributo anual. Á la muerte del Gran-Khan Mangú, Barkai, hermano de Batu, fundó en Rusia un imperio mongol, que tomó el nombre de Kaptshak, y cuya capital fué la gran ciudad de Ssarai sobre el Volga. La Rusia sufrió dos siglos el yuyo de los mongoles, á quienes Ivan III el Grande consiguió derrotarles á mediados del siglo XV.

Mientras que la mayor parte de los pueblos cristianos del Occidente llevaban sus victoriosas armas al Oriente, los cristianos de España sostenian en su propio país una lucha no ménos gloriosa contra los musulmanes. Un nuevo período comienza para España, á consecuencia de la desmembracion del califato de Córdoba, en el siglo XI. Cuatro estados cristianos se habian formado por la misma época, á saber: los reinos de Castilla, Aragon y Navarra y el principado de Cataluña. Los musulmanes perdieron entonces la supremacía que habian ejercido durante tres siglos, y se vieron reducidos á defender sus territorios contra los príncipes cristianos, que á su vez se habian convertido en conquistadores. La decadencia del poder musulman en España habria sido más rápida aún, sin la intervencion de las dinastías árabes de África, la de los Almoravides primero y despues la de los Almohades. Los soberanos pertenecientes á estas dinastías se hicieron dueños de España y restablecieron la unidad polí-



tica entre los musulmanes, en tanto que las guerras intestinas y frecuentes de los príncipes cristianos detuvieron los progresos de sus armas contra el comun enemigo. Estas guerras reconocian como principal causa la rivalidad de los soberanos de Castilla y Aragon, que se disputaban la supremacia sobre los otros príncipes cristianos.

La caída del califato de Córdoba y la division política de la España musulmana dieron origen á numerosas guerras entre los soberanos de los diez estados musulmanes que acababan de formarse. Tres príncipes, los emires de Sevilla, Toledo y Málaga, cuyos dominios eran los mayores, trataron de someter á los demas á su dominacion. El emir de Sevilla, amenazado por su rival el de Toledo, hizo alianza con Alfonso VI de Castilla, que se apoderó de la ciudad de Toledo y despues volvió sus armas contra Zaragoza. Estas conquistas de los cristianos decidieron á los príncipes musulmanes á llamar del África en su auxilio al poderoso soberano almoravide Yusuf. Este último habia sometido á su cetro todas las comarcas comprendidas entre el Estrecho de Gibraltar y la Guinea: su imperio tenia por límite al Este la antigua Cirenáica, y por capital la ciudad de Marruecos, fundada por su predecesor. Á España llegó con un poderoso ejército y venció á los cristianos en la sangrienta batalla de Zalaca. Pero por querer reunir la España á su imperio, todos los emires musulmanes de este país se levantaron en armas contra él, y no pudo conseguirlo sino despues de una larga guerra. Allí, su hijo y sucesor, continuó la guerra contra Castilla, alcanzando la brillante victoria de Uclés, y avanzó hasta los muros de Toledo, mientras que un segundo ejército árabe devastaba á Portugal y el emir de Zaragoza sitiaba la ciudad de Barcelona. Sin embargo, la marcha de Ali á África, donde era necesaria su presencia para acallar los desórdenes que la agitaban, el descontento provocado por el gobierno arbitrario de los generales almoravides, y el valor de Alfonso I de Aragon, precipitaron la decadencia de la dominacion de los Almoravides en España. Su imperio en Africa fué destruido por una secta fanática

fundada por Abdallah, que tomó el nombre de Almohades. Ali murió á consecuencia de los desórdenes que estallaron en Africa; el Almohade Abd-el-Mumen, sucesor de Abdallah, se apoderó de Marruecos y derrocó la dinastía de los almoravides. Los gobernadores almoravides en España sucumbieron entónces á los golpes de los emires musulmanes, que reconquistaron su independencia.

Antes de conquistar el África, Abd-el-Mumen envió á España un ejército que se apoderó de la importante ciudad de Algeciras. Las guerras entre los emires musulmanes de España y el soberano de los Almohades, facilitaron á los cristianos la conquista de Portugal y de Andalucía. Pero la muerte de Alfonso VII de Castilla y la division de su reino entre sus dos hijos, ofrecieron al soberano Almohade Yacub-Yussef, hijo de Abd-el-Mumen, la ocasion para hacerse dueño de toda la España musulmana, y de hacer incursiones devastadoras en los reinos de Castilla, Leon y Portugal. Sin embargo, no pudo realizar la conquista de este último país, á pesar de haber tomado á Lisboa, y murió en una batalla que le libraron los portugueses sobre los muros de esta ciudad. Su hijo, Yacub Almanzor, reunió un ejército innumerable en África, y agregó á él todas las fuerzas musulmanas de España; fuése al encuentro de los cristianos que estaban mandados por Alfonso VIII de Castilla, y les derrotó en la sangrienta batalla de Alarcos. Intentó apoderarse de Toledo, capital de Castilla, pero fueron inútiles sus esfuerzos, y pactó un armisticio con Alfonso VIII. Poco tiempo ántes de morir hizo alianza con Sancho VII de Navarra, que se habia trasladado á Marruecos. Su hijo Mahomet predicó de nuevo la guerra santa contra los cristianos de España, y vino á este país con un ejército de cerca de 500.000 hombres. Los príncipes cristianos reunieron sus fuerzas, y ayudados por un ejército de cruzados franceses, atacaron á los infieles y les vencieron en la batalla de las Navas de Tolosa. Desde esta derrota y desde la muerte de Mahomet, que dejaba nada más que un hijo, y éste de menor edad, data la decadencia de los Almohades en España. Muchos emires musul-



manes de este país se hicieron de nuevo independientes, y á mediados del siglo XIII, Sevilla, la última posesion de los Almohades, cayó en poder de San Fernando III, rey de Castilla. Poco tiempo despues fué destruido igualmente el imperio de los Almohades en África.

El rey de Castilla, Fernando I, segundo hijo de Sancho el Grande, despues de haber vencido á sus dos hermanos, los reyes García de Navarra y Ramiro de Aragon unidos contra él,

emprendió felizmente las guerras contra sus vecinos los emires musulmanes de Toledo, Zaragoza y Sevilla, y ensanchó su reino, muriendo en medio de sus triunfos y dividiendo el trono entre sus tres hijos. Estos se hicieron unos á otros la guerra, triunfando al fin el más jóven, Alfonso VI, que reunió todo el reino bajo un solo cetro, como más extensamente veremos, siguiendo la clásica relacion del ilustre jesuita Mariana.

CAPITULO III